

¿Qué sucedió después del cautiverio?

Es difícil de determinar el número de personas que fueron llevadas en cautiverio a Babilonia. Es solamente en relación con la segunda deportación, que las Escrituras dan número alguno, al hablar de «diez mil» deportados. (Este grupo incluía siete mil hombres de guerra y mil artesanos; vea 2° Reyes 24.14–16.) Entre los que fueron llevados en la primera deportación se incluyeron «muchachos en quienes no [había] tacha alguna» (Daniel 1.4). Durante la tercera deportación se dice que todos fueron llevados excepto «los pobres de la tierra» (2° Reyes 25.12). El hecho de que miles fueron llevados es insinuado por el número de los que volvieron: Cuarenta y nueve mil ochocientos noventa y siete fueron llevados de regreso por Sesbasar (Esdras 2.64–65; Nehemías 7.66–67) y muchos más fueron llevados por Esdras y Nehemías.

La vida durante el cautiverio era en realidad algo agradable. Los exiliados no eran mantenidos en campos de concentración; se les permitía libertad de movimiento dentro de la tierra. Podían escribir cartas a los amigos y parientes que estaban en Judá (vea Jeremías 29.25). Había oportunidades favorables de empleo, disponibles para ellos. Se les permitía vivir en tierras fértiles. De hecho, cuando el Cautiverio terminó, algunos no quisieron dejar sus nuevas casas.

No obstante, el Cautiverio era castigo. Salmos 137 consigna la tristeza y la amargura de los cautivos, por estar separados de Jerusalén. Jeremías había anunciado que este castigo duraría setenta años (Jeremías 25.11–12; vea 29.10).

El cautiverio en Babilonia llegó a su fin cerca del 539 a. C., cuando la potencia mundial de Babilonia fue suplantada por la potencia mundial medo-persa. Después que el rey persa pasó a ser el único soberano del Imperio Persa, Ciro, actuando bajo una política diferente de los asirios y los babilonios, emitió un decreto que permitía a los ciudadanos desplazados volver a sus tierras de origen.

Isaías había dicho que Ciro sería siervo de Dios:

[Dios] dice de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado (Isaías 44.28).

Esta fue una profecía con nombre, que se

cumplió unos doscientos años después de que se escribiera. Isaías comenzó a predicar cerca del 739 a. C., y Ciro promulgó su decreto cerca del 536 a. C.:

Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén. Y a todo el que haya quedado, en cualquier lugar donde more, ayúdenle los hombres de su lugar con plata, oro, bienes y ganados, además de ofrendas voluntarias para la casa de Dios, la cual está en Jerusalén (Esdras 1.2–4).

La primera copia del decreto consignado en Esdras, fue escrita en hebreo y tenía la forma de una proclamación real (1.1). La segunda copia, en arameo, tenía la forma de un memorando o decisión real oral (6.3–5). Otra copia que se menciona en 2° Crónicas 36.22–23 está incompleta.

Durante sus excavaciones en Babilonia (1879–1882), Hormuzd Rassam descubrió una inscripción en un cilindro de arcilla, en el cual Ciro describió y justificó sus políticas. En relación con su conquista de Babilonia, Ciro dijo que Marduk buscó por toda la tierra un dirigente mundial y lo eligió a él. Una vez tomada Babilonia, Ciro permitió que los pueblos cautivos volvieran a sus tierras de origen y reconstruyeran sus templos. El cilindro de Ciro dice: «También reuní a todos los habitantes antiguos y los devolví a sus habitaciones». Ciro parece haber estado a favor de todos los dioses.¹

¿Qué ordenes fueron dadas por el decreto de Ciro? En primer lugar, decía que Jerusalén había de ser reedificada. En segundo lugar, el costo de reedificar sería cubierto por el tesoro mismo de Ciro. En tercer lugar, a todos los que desearan volver a Jerusalén, se les permitiría hacerlo. En cuarto lugar, a los que se quedaran se les instaba ayudar a los que iban para Judá. Los vasos de oro y de plata que se llevó Nabucodonosor cuando

¹“Cyrus Cylinder” («El cilindro de Ciro»), *The Biblical World: A Dictionary of Biblical Archaeology*, ed. Charles F. Pfeiffer (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1966), 178.

destruyó Jerusalén, habían de ser devueltos.

Esdras relató el regreso de dos grupos de exiliados; el libro de Nehemías habla del regreso de un tercer grupo. El primero fue el regreso con Sesbasar en el 536 a. C. (1.1). El segundo ocurrió unos ocho años después, en el año sétimo de Artajerjes Longimanus (458 a. C.; vea 7.7). El tercer grupo, dirigido por Nehemías, volvió trece años después que el segundo, en el año vigésimo de Artajerjes Longimanus (445 a. C.; Nehemías 2.1).

No todos los judíos transplantados² volvieron. A los que Dios animó a volver se les dieron ofrendas voluntarias (Esdras 1.5–6). Los vecinos de ellos los ayudaron con artículos de plata y oro, con bienes y ganado y con valiosas dádivas, además de las ofrendas voluntarias.

Los vasos llevados del templo por Nabucodonosor fueron dados a Sesbasar por Ciro (Esdras 1.7–11). Todos los vasos juntos alcanzaron un número de cinco mil cuatrocientos.

EL PRIMER GRUPO QUE REGRESÓ

Los que volvieron a Judá fueron dirigidos por Sesbasar y Zorobabel (Esdras 1.8; 2.2). Sesbasar parece haber sido el que estaba a cargo, aunque «Zorobabel» y «Sesbasar» pueden simplemente ser los dos nombres de una misma persona. A ambos se les confiere el título de «gobernador» de Judá (Esdras 5.14; Hageo 1.1). No obstante, un punto de vista más probable, es que Sesbasar fue sucedido por Zorobabel. Es probable que fueran a Jerusalén con el mismo grupo. Tal vez Sesbasar fue el dirigente al comienzo del regreso, pero murió poco después de llegar a Jerusalén, y luego Zorobabel asumió la posición de dirigente.

Fueron un total de cuarenta y nueve mil ochocientos noventa y siete personas las que salieron de Babilonia: cuarenta y dos mil trescientos sesenta eran de la asamblea de los judíos, doscientos cantores y siete mil trescientos treinta y siete siervos. El ganado que fue llevado incluyó setecientos treinta y seis caballos, doscientos cuarenta y cinco mulas, cuatrocientos treinta y cinco camellos y seis mil setecientos veinte asnos, que sumarían un total de ocho mil ciento treinta y seis animales (vea Esdras 2.64–67; Nehemías 7.66–69).

Esta era una gran compañía, pero es probable que no fuera ni siquiera una mayoría de los judíos

² A partir del tiempo de Esdras, a los israelitas se les refiere comúnmente como «judíos». La mayoría de los que regresaron del cautiverio, eran de la tribu de Judá, y es la palabra «Judá» la que origina al nombre «judío».

que estaban en cautiverio. Durante los días de Ester, todavía había judíos viviendo por toda la tierra de Persia. Estos fueron capaces de matar setenta y cinco mil de sus enemigos en dos días (Ester 9.16). Tal clase de pelea exigiría un gran número de judíos.

Cuando los judíos llegaron a su tierra, ellos moraron en sus respectivas ciudades. No obstante, en el mes sétimo del año uno de su regreso, se reunieron en Jerusalén. Estando allí, Zorobabel y el sumo sacerdote Jesúa erigieron un altar y ofrecieron holocaustos sobre él (Esdras 3.1–6). El pueblo también guardó la fiesta de los tabernáculos. A partir de este momento, comenzaron a guardar las fiestas y los sacrificios estipulados por la ley de Moisés.

El fundamento del templo fue puesto en el segundo mes del año dos (Esdras 3.7–13). Contrataron albañiles, carpinteros y también hombres de Tiro y Sidón, para que trajeran árboles de cedro de Líbano y de Jope, de conformidad con la concesión de Ciro (vers.º 7). Cuando este fundamento fue puesto, algunos se regocijaron y otros lloraron. El pueblo no podía distinguir entre el sonido del regocijo y el del llanto (vers.ºs 12–13).

Seguidamente, vino el desánimo de parte de los samaritanos («el pueblo de la tierra»; Esdras 4.4), y a raíz de esto se detuvo el trabajo en el templo. El pueblo dejó de reedificar el templo para dedicarse a reedificar sus propias casas (Hageo 1.3–11). El cimiento del templo quedó sin terminar hasta el 520 a. C., esto es, dieciséis años después (Hageo 1.1).

En ese momento, Hageo comenzó a predicar. Zacarías apareció poco después de Hageo. Su mensaje para el pueblo, aunque más figurado, fue básicamente el mismo de Hageo. Con el ánimo que infundieron estos profetas, el pueblo reanudó la obra de reedificar el templo (Esdras 5.1–3).

Tatnai el gobernador, con su ayudante Setar-boznai, preguntó por qué el trabajo había comenzado nuevamente. Se les dijo que miraran el decreto de Ciro, que les daba a los judíos el derecho de trabajar en el templo. Ellos escribieron a Darío, que examinó el decreto de Ciro, y aquel les concedió la libertad de seguir edificando. El decreto de Ciro se repite incluso a estas alturas de la narrativa de Esdras (6.3–5).

La obra en el templo fue reanudada, entonces, en el 520 a. C., durante el reinado de Darío (522 al 486 a. C.). La estructura fue terminada en el 516 a. C., el año sexto del reinado de Darío. Una vez que el pueblo comenzó nuevamente, les tomó solo cuatro años terminar el templo. Este templo no

tenía la gloria del templo de Salomón, pero por lo menos había sido reedificado.

Una gozosa celebración siguió la terminación del templo. El pueblo sacrificó cien toros, doscientos carneros y cuatrocientos corderos. Compare esto con la consagración del templo de Salomón que se recoge en 2° Crónicas 7.1–3.

Salomón ofreció veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas en esta celebración (2° Crónicas 7.5).

Los que volvieron a Judá también guardaron la pascua en la tierra:

También los hijos de la cautividad celebraron la pascua a los catorce días del mes primero. Porque los sacerdotes y los levitas se habían purificado a una; todos estaban limpios, y sacrificaron la pascua por todos los hijos de la cautividad, y por sus hermanos los sacerdotes, y por sí mismos. Comieron los hijos de Israel que habían vuelto del cautiverio, con todos aquellos que se habían apartado de las inmundicias de las gentes de la tierra para buscar a Jehová Dios de Israel. Y celebraron con regocijo la fiesta solemne de los panes sin levadura siete días, por cuanto Jehová los había alegrado, y había vuelto el corazón del rey de Asiria hacia ellos, para fortalecer sus manos en la obra de la casa de Dios, del Dios de Israel (Esdras 6.19–22).

EL SEGUNDO GRUPO QUE REGRESÓ

Fueron cincuenta y ocho años los que pasaron entre el momento en que terminan el templo y en el que regresa el segundo grupo de judíos. Son solo algunas pistas las que quedan acerca de lo sucedido durante los años intermedios. No obstante, el relato de Ester debe de haber ocurrido durante esos días, entre los eventos de Esdras 6 y los de Esdras 7.

Artajerjes Longimanus reinó sobre el Imperio Persa desde el 465 al 424 a. C. Por algunos medios, Esdras alcanzó cierto estatus con este rey y lo persuadió de permitir que un grupo de judíos fuera a Jerusalén. Así, Esdras fue al frente del segundo grupo que regresó a Judá.

Al igual que Sesbasar, ochenta años atrás, Esdras recibió una carta del rey en la que le concedía permiso para ir (7.11–26). Esta le confería autoridad para ir y llevar consigo a cuantos deseara de sus congéneres judíos.

Un número más pequeño fue parte de este regreso: menos de mil ochocientos. En este conteo no se incluyeron mujeres ni niños. Esdras reunió a los que desearan ir, en el río Ahava (un río que se desconoce hoy). Los hombres fueron cerca de mil quinientos (8.1–14). Cuando en el grupo no se

encontraron levitas, Esdras demoró el viaje hasta que se pudo persuadir de ir, a treinta y ocho levitas (8.15–19). Estos levitas fueron acompañados por doscientos veinte ayudantes (8.20). En un lapso de unos cuatro meses, el grupo llegó a Judá.

La tarea de Esdras consistía en restaurar la vida espiritual de la ciudad santa. La reforma más importante consistió en detener los matrimonios mixtos de los judíos con los pueblos de alrededor.

EL TERCER GRUPO QUE REGRESÓ

Un tercer grupo fue llevado a Judá por Nehemías. Este era el copero del rey Artajerjes. No sabemos cuántos judíos fueron con Nehemías. El hecho de que fuera acompañado por «capitanes del ejército y gente de a caballo» puede insinuar que fue un grupo bastante grande el que salió con él.

Nehemías llegó a Jerusalén unos doce o trece años después del regreso de Esdras. Él se quedó en Jerusalén doce años, desde el vigésimo hasta el trigésimo segundo año del reinado de Artajerjes (445 al 433 a. C.; vea Nehemías 2.1; 5.14). La misión de Nehemías consistió en reconstruir los muros de la ciudad de Jerusalén. Él volvió a Susa en el 433 a. C. Más adelante, en el 430 a. C., hizo otro viaje a Jerusalén, durante el cual realizó varias reformas (13.6–31).

Durante el tiempo de Nehemías, Malaquías escribió para animar al pueblo, por medio de afirmar que Dios todavía amaba a Israel. Al mismo tiempo expuso las doctrinas de la santidad y de la justicia del Señor. Había disminuido el celo y el entusiasmo que habían caracterizado a los exiliados cuando regresaron a Jerusalén. El pueblo se había vuelto indiferente. Estaban sacrificando animales con defecto a Dios; estaban robando a Este en sus diezmos y sus ofrendas. No estaban atendiendo a las leyes del matrimonio. Muchos se habían desanimado porque la era dorada que se había profetizado no había llegado.

No obstante, una era más grandiosa venía. Malaquías puso punto final a su libro, y así también al Antiguo Testamento, por medio de describir la destrucción total de los inicuos y el triunfo de los justos. De parte de Dios no volvieron a venir más mensajes, hasta que Gabriel anunció el nacimiento de Juan a Zacarías, en el templo (Lucas 1). Ya todo se había dicho y hecho, no quedaba nada más que hacer preparativos para la venida del Mesías anunciado.

Eddie Cloer